

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DB

La Novela Semanal Cinematográfica



Padre  
Radetzky

POR  
la condesa  
Agnes Esterhazy  
Karl Forest, etc.

— 50 cts.

PADRE RADETZKY

BIBLIOTECA

*Los Grandes Filmes*

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551

.....

# Padre Radetzky

(Una página de la historia de Austria)

Extraordinario asunto

Interpretado por la condesa

Agnes de Esterhazy, Iris Arlad,  
Otto Hartmann, Karl Forest, etc.



EXCLUSIVÀ DE

Ferrer Stengre.—Alicante

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares

JOSÉ PIÑOT

Valencia, 228

BARCELONA

Prohibida la  
reproducción  
Revisado por  
la censura

# Padre Radetzky

*Argumento de la película*

El Emperador Fernando de Austria era llamado "El Bondadoso". Pero su bondad era explotada a veces por malos gobernantes, por tiranos que soñaban con una dominación absoluta.

Entre ellos estaba el príncipe Wenceslao de Matternich, famoso político, quien un día, presentó al Soberano su plan de represalias inflexibles contra los que perturbaban la paz interior del imperio.

El Emperador antes de firmar tan excepcionales medidas llamó a consejo al mariscal conde José Radetzky de Radetz, el ídolo de la na-

ción, el viejo soldado triunfador en cien combates a quien el pueblo adoraba como a su salvador.

Cuando se enteró el mariscal de lo que Matternich proponía, frunció el ceño.

—El país entero confía en mí—dijo—. Con la misma fe con que me sigue a la guerra bajo la bandera negra y oro, se me sometería en esos conflictos. Lo importante es restablecer el orden sin verter una gota de sangre.

—¿De qué modo?

—Habría que hacer al pueblo algunas concesiones, otorgarle ciertos beneficios...

—¿Concesiones al pueblo?... ¡Qué locura!—dijo Matternich que era hombre de un absolutismo feroz.

—No están entre los medios de cordura la pólvora y el látigo—respondió el mariscal, fríamente.

—Radetzky, te agradezco tus buenos consejos—dijo el Emperador—. Y procuraré resolver en bien de mi imperio.

El mariscal cuadróse militarmente y se alejó, comprendiendo que esta vez había perdido la partida. El bondadoso Fernando de Austria seguía siendo prisionero de las argucias diplomáticas de Matternich.

Este volvió a aconsejar al Soberano la adopción de severas medidas, proponiendo al mismo tiempo el nombramiento de varios militares para las distintas provincias del Imperio.

—Radetzky puede regresar a Lombardía hasta nueva orden. En Viena no hace falta.

—Sí... sí...

—Para arreglar los disturbios interiores nos bastamos nosotros.

Y el Emperador, secuestrada su voluntad por aquel gobernante enamorado del poder absoluto, firmó cuantas medidas y disposiciones puso el príncipe ante él.

Al salir, el mariscal Radetzky se había encontrado en la antecámara con varias personas que esperaban ser recibidas en audiencia por el monarca, entre ellas Leonardo Planinger, negociante al por mayor en forrajes y demás artículos para pastos, y Mario Gallone, otro comerciante de importancia, amigo de Planinger.

Los que aguardaban le saludaron afectuosamente, y el mariscal les envolvió en una burlona sonrisa.

—Ya veo... ya veo...—dijo—. Los señores abastecedores de guerra, los que explotan las coyunturas, los que pescan en río revuelto...

—Señor mariscal... Es usted injusto—dijo Planinger.

—No lo soy... pero no olvidéis lo que os voy a decir, por si se llegase a una guerra...



*—El proveedor que esta vez no suministre honradamente, será ahorcado.*

El proveedor que esta vez no suministre honradamente, será ahorcado.

Y dejando a los dos comerciantes, pálidos y asustados por la amenaza, el viejo mariscal prosiguió su lento camino mientras murmuraba entre dientes:

—Os haré ahorcar... os haré ahorcar... si llega el caso.

\* \* \*

Planinger tenía una media naranja, Teresa, no muy ácida ciertamente. Y tenía otro fruto más sabroso aún, todo él dulzura de panales: su hija Anita.

Y Anita reservaba la miel de sus ternuras para un feliz elegido: su profesor de piano, Lorenzo Hauser.

Cierta tarde, mientras Anita daba su lección de música, aprendiendo una partitura muy en boga entonces “Para amor no hay imposibles”, Lorenzo le declaró en vibrantes frases la pasión que encendía sus venas.

Y ella que le adoraba también, creyó sus palabras... Y sus labios se juntaron para beber en sus fuentes de rosa toda la dulzura del primer cariño.

Pero en aquel instante, entraron en la sala de piano, Planinger y su esposa.

El negociante, que deseaba para su hija un marido muy distinto, se indignó al ver los transportes de los enamorados.

—¿Cómo os atrevéis, caballero?—rugió—. ¿Es esa la manera de dar lecciones de música?

Lorenzo estrechó una mano de su adorada y contestó con serenidad:

—Nos amamos, señor... Y en otoño seré director auxiliar de orquesta en el teatro de Leopoldstadt.

—¡Qué audacia! ¿Creeis que Leonardo Planinger ha criado su hija para un pobre músico? ¡Salid de mi casa inmediatamente!

—Papá! —suplicó Anita.

—No discutamos. ¡Fuera, he dicho!

El profesor hizo un gesto de amargura, y después de mirar bondadosamente a su amada como buscando fuerzas para soportar su infortunio, abandonó aquella casa que no podría visitar más.

—Acabaron ya esas lecciones —dijo luego Planinger a su hija—. ¡Un pobre diablo atreverse a pedir tu mano!

—Le amo, papá.

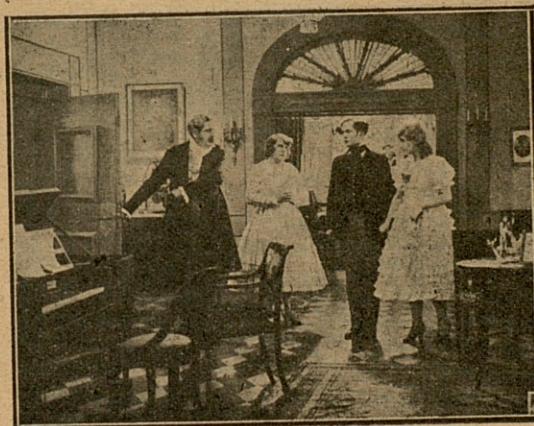
—Te engañas... Es un embaucador. Ha deslumbrado tu alma... pero eso pasará y podrás elegir un buen partido.

Anita, herida en sus sentimientos, dejóse caer ante el piano, llorando amargamente, su amor irrealizable.

Entretanto, en su residencia situada en la otra parte de la ciudad, se hallaba la célebre

cantante italiana Julia Fassoty, que cosechaba laureles en los escenarios de Viena.

Mujer divinamente hermosa excitaba a su alrededor todos los deseos. Criatura de tempera-



—¡Salid de mi casa inmediatamente!

mento pasional era últimamente la amiga de Mario Gallone, el socio comercial de Planinger.

Aquella tarde se hallaba hablando con Mario de la próxima e inminente guerra entre su país y Austria...

Julia era espía de su país, y Mario Gallone,

hombre sin patriotismo ni conciencia, la secundaba en sus nefastos planes.

Se había decidido por una asociación secreta que operaba en Viena, que Julia marchase a



*Anita, herida en sus sentimientos...*

Milán para entrevistarse con los carbonarios. La joven quiso que su amigo la acompañase, pero él se excusó, deseando permanecer en Viena donde creía iba a realizar varias especulaciones de importancia.

—¿No vienes conmigo? ¿Vuelves a dejarme sola para un viaje lleno de peligros?

—¡Cálmate, Julia!... Mis intereses que también son los tuyos, reclaman aún mi permanencia en esta ciudad.

Y la llenó de enloquecedores besos que tuvo que interrumpir al presentarse una doncella y anunciar a Julia:

—El profesor de piano, señora.

—¡Ah! Voy en seguida.

Instantes después Julia entró en la salita donde esperaba Lorenzo Hauser, que era también profesor de aquella afamada artista.

El joven, en cuyo semblante se denotaban las huellas de un gran disgusto—el que acababa de tener con los Planinger—, se inclinó ceremonioso y dijo:

—Perdón, señorita... pero hoy no puedo daros la lección... Me encuentro mal.

—No importa. Tampoco yo podría tomarla; salgo de viaje dentro de un momento.

Y después de pagarle el dinero que aun le adeudaba por sus lecciones anteriores, se despidió muy cordialmente de él, deseándole nuevos éxitos en su carrera.

Agradeciendo Lorenzo con una triste sonrisa los buenos augurios de su cliente, se alejó con melancolía, paseando sin rumbo por las calles de Viena, preguntándose qué iba a ser

de él con la pérdida del amor de Anita, amor que había alumbrado hasta entonces el camino de su gloria.

\* \* \*

Jamás hubo en los países conflictos interiores ni colisiones armadas que no arreglasen los políticos y los estrategas de café.

En un escondido café de Viena, numerosos parroquianos discutían violentamente sobre la actual situación política.

Cerca de allí, en otra mesa, se hallaba un policía, un agente secreto, escuchando los subversivos comentarios de la gente.

Presidía el grupo de comentadores, Nestroy, el espiritual histrión que, desde la tablas, ahondaba la mordedura de su sátira en personas y cosas.

—¡La nación sufre un yugo intolerable!—decía—. ¡Estamos hartos de padecer a Matternich!

—Es un tumor que se puede extirpar—dijo uno de los concurrentes—. Lo peor es que el que venga también nos cobrará impuestos.

El agente secreto se levantó e interrumpió con energía:

—No pueden seguir ustedes hablando así.

Eso es echar entre el pueblo simientes de rebeldía.

—No se meta usted en lo que no le importa...—contestó Nestroy.

Y siguió con sus comentarios jugando al propio tiempo a los naipes.

Lorenzo Hauser, después de vagar tristemente por las calles de la ciudad, había recalado, en aquel café donde estaba su padrino el famoso Nestroy.

Tocándole por un brazo, le dijo:

—Quiero hablaros, padrino... ¡Soy el ser más desdichado del mundo!

—¿Cuántos florines, querido Lorenzo? — respondió creyendo que se trataba de algún apuro monetario.

—No se trata de eso.

—Un golpe de muerte al rey!—dijo Nestroy riendo, echando una carta y prestando gran atención a la partida de naipes.

De nuevo el agente de policía interrumpió la reunión.

—Aquí se proyecta un atentado contra Su Majestad!—clamó.

—Aquí no se proyecta más que un atentado contra usted, si no nos deja tranquilos—respondió Nestroy lanzando una carcajada.

El policía tuvo que retirarse a un rincón, mientras el cómico y sus amigos finalizaban el juego.

Después, Nestroy llamó aparte a su ahijado Lorenzo y le rogó explicara sus cuitas.

Con vehemencias de enamorado confesó el joven su infortunio.

—Y no me quieren, porque soy un triste profesor de piano... ¿Qué me aconsejas, padrino? Querría asombrar al mundo con mis hazañas para que los Planinger me creyeran digno de figurar entre los suyos. Deseo ser militar, ganar batallas, ascender...

—No vas poco de prisa... Te sientes héroe porque estás desesperado... y no sin motivos... Perdiste a un tiempo sueldo y amor.

—Quiero entrar en el ejército.

—Mas para ser cadete se necesita influencia, querido... ¿Por qué no vas al amigo de Kathi Frochlich, ese poeta cortesano que moja la pluma en adulación?

—Si tú quisieras acompañarme...

—De mil amores... Vamos allá.

Y los dos se dirigieron hacia la sencilla vivienda donde el poeta lanzaba al mundo los ecos de su inspiración.

Al enterarse de la pretensión de Lorenzo, el artista contestó:

—No es fácil, joven, que yo os proteja... Aunque en Viena me llaman cortesano, yo mismo dudo de mi valimiento en la Corte. Yo no sé hacer más que versos...

Mientras hablaba, Nestroy había examinado una cuartilla que tenía el poeta sobre la mesa, y exclamó gozoso:

—¡Magníficas estrofas! ¿Por qué no envías a mi ahijado a Radeztky con esos hermosos versos? De seguro que no hay mejor recomendación.

—Es verdad... Quédatelos... y ojalá que la poesía sirva esta vez para algo.

Lorenzo, emocionado, guardó aquella cuartilla en su bolsillo, agradeciendo al poeta su generosidad, pues le brindaba nada menos que el fruto de su ingenio.

A la mañana siguiente se presentó en casa del mariscal.

Este vivía en una residencia humilde. Era pobre; su sueldo no bastaba para satisfacer sus alardes de caridad, ni aun su mantenimiento propio. Y su casa se veía asediada por acreedores, que en vano suspiraban por lograr el cobro de sus créditos.

Aquel día, al salir de su casa, el mariscal encontróse con una nube de acreedores que tendían hacia él sus brazos avarientos.

—No puedo... no puedo pagar—respondió Radetzky con dulce sonrisa—. Carezco de dinero. Lo he dado todo para los pobres.

—Nosotros somos más pobres que nadie...

—Vosotros podéis esperar; los que sufren y mueren de hambre, no pueden esperar...

Y el mariscal fué a tomar tranquilamente su coche, mientras los comerciantes hacían amargos comentarios.

—¡Escandaloso! ¡Todo un mariscal, y apenas dispone de un florín! ¡Un nuevo aplazamiento para nuestras facturas!

Lorenzo, respetuosamente, se descubrió y entregó a Radetzky una cuartilla.

—¿Otra cuenta?... Lo siento, pero no puedo pagarlos...

—No es una cuenta, señor mariscal... Se trata de unos versos en vuestro honor.

—Veamos, veamos...

Y, sonriente, leyó complacido unas estrofas:

#### *Himno a Radetzky*

*¡Mariscal, adelante! ¡Camina a la victoria!  
Lauros para tus sienes tejiendo está la Gloria...*

*Austria entera te mira, está en tu campamento,  
vibra con tu entusiasmo, se inflama con tu alien-  
[to.*

—Bien, muchacho... Muy agradecido... ¿Qué quieres a cambio de esos versos?

—Deseo ser cadete, ir a la guerra, mariscal.

—Concedido. Preséntate al coronel Kopal del décimo de Cazadores, y te admitirá como cadete. La guerra con los países italianos va a estallar y son precisos muchos hombres.

Loco de alegría, pues veía ya en perspectiva la gloria, el muchacho se presentó en el cuartel de Cazadores, de parte del famoso mariscal, y quedó admitido.

Horas después salía del cuartel vistiendo el gallardo uniforme de cadete con la ilusión del que lo usa por primera vez.

A la otra mañana, llegó la noticia de la declaración de guerra. El regimiento de que formaba parte Lorenzo, iba a partir... Y el joven consiguió una última cita con Anita, en uno de los jardines de la ciudad.

La dulce muchacha se asombró al ver al artista en traje militar, pero él explicó su decisión, queriendo transmitirle el ardor de sus ensueños de gloria.

Anita lloraba lamentando aquella guerra que iba a separarles durante mucho tiempo.

—No hay otro remedio, Anita... Necesito hacer ver a tu padre que soy algo, que valgo algo... para que nunca vuelva a insultarme como lo hizo... ¡Animo, adorada mía... y no me olvides!

—No te olvidaré... Siempre te seré fiel.

—No llores, Anita... ¿Cómo puede llorar la novia de un guerrero?

—Tengo miedo. La guerra es tan terrible...

—A mí no me herirán las balas, Anita... ¿No ves que llevo la coraza de tu amor?

Y después de besarla ardientemente, partió de nuevo hacia el cuartel.

Horas más tarde, las tropas marchaban hacia el frente de batalla.

¿Cuántos volverían? ¿Cuántos quedarían para siempre allá?

Y mientras el país se empeñaba en una lucha cruel, Leonardo Planinger y Mario Gallone se frotaban las manos alegremente, porque siempre fué para los cuervos benéfica la guerra.

—La avena sube—dijo Planinger—. La seguiremos acaparando. Como por las necesidades de la guerra nos la pedirán, la cederemos a precios fabulosos.

—¡Magnífica fortuna!

—Que dure mucho la guerra, ¿verdad?

—Sí, que dure.

Planinger obsequió con unas copas a su amigo.



—¿Cómo puede llorar la novia de un guerrero?

—Por el éxito de nuestros negocios...—dijo Mario Gallone—. ¡Y por la pronta atadura de un lazo más íntimo entre nosotros!

—¡Por todo eso!

Y ambos miraron un retrato de Anita, que iba a ser "el lazo más íntimo" con el que soñaba Mario Gallone.

\* \* \*

La guerra tenía por escenario los campos de Lombardía, en tierras italianas.

Después de varios pequeños combates, favorables a las armas austriacas, iba a librarse una fuerte batalla.

El mariscal Radetzky dirigía las operaciones, y sus soldados tenían la certeza de la victoria, guiados por tan ilustre caudillo.

Radetzky, con su Estado Mayor, presenciaba las fases iniciales de la operación.

Cerca de él, el joven archiduque Francisco José, el heredero del trono austriaco, iba a recibir en esta campaña su bautismo de fuego.

Con la ayuda de unos prismáticos, el heredero contempló los movimientos de las tropas y el enérgico avance austriaco barriendo las líneas enemigas.

Agitóse sobre su caballo y dijo, sin poderse contener de alegría:

—¡Esto es la guerra!... ¡Esto se llama vivir!

Pero luego llegaron las primeras expediciones de heridos, transportados a retaguardia.

Y todo lo que antes tuvo carácter de alegría, se convirtió ahora en tristeza... Pasaban los camilleros transportando a soldados que se desangraban y dejaban a su paso un canalillo rojo... Otros gritaban desesperadamente, pidiendo que les acabasen de matar.

El archiduque Francisco José frunció el ceño, y el mariscal Radetzky, mirándole bondadosamente, le dijo entonces:

—Esto es la guerra, señor... ¡Dolor, ruina, muerte!...

—¡Sí... sí!

—No olvideis, Alteza, este cuadro, cuando, con el cetro, tengáis en vuestras manos guerra y paz.

El archiduque guardó silencio y, con sus gemelos, prosiguió investigando el campo de batalla.

Uno de los generales comentó al oído del otro, mirando de reojo al mariscal:

—¿Por qué todavía no se ha retirado, sintiéndose tan pacifista?

Radetzky escuchó aquellas palabras y, volviéndose rápidamente, contestó:

—¡Porque todavía no hay quién sepa ocupar este puesto!

Entretanto, en la posición de retaguardia del décimo de Cazadores, muchos soldados esperaban el instante de entrar en fuego. Entre los más entusiastas figuraba Lorenzo Hauser, quien decía a un camarada:

—¡Maldita suerte la nuestra!... ¡Verás como hoy tampoco entramos en acción!

El camarada, curtido ya en acciones de guerra, respondió riendo:

—La pólvora les calienta la sangre a estos moscos... ¡Yo no tengo prisa ninguna!

Media hora después, se dió una orden general:

—¡Listos para el ataque! ¡Viene caballería italiana!

—¿Y a qué viene, si no la hemos llamado? Eso no está bien—respondió el veterano.

Puestas ya las tropas en formación, el jefe de Estado Mayor ordenó:

—Que avance el batallón Kopal hacia Santa Lucía.

Y los soldados, para muchos de los cuales, era aquél el bautismo de fuego, se lanzaron como leones contra el enemigo.

Varias horas de rudo batallar trajeron como

consecuencia el triunfo de los ejércitos austriacos... Lorenzo luchó como un león, consiguiendo arrebatar la bandera al enemigo.

Imbuído de un maravilloso espíritu patriótico y de un deseo de ascender, de triunfar, desafía ba los más terribles peligros, y era siempre el primero en el avance.

Sus camaradas, emocionados ante su audacia, le seguían con la misma ciega fe.

Ocuparon el pueblo y el cementerio de Santa Lucía, poniendo en dispersión a las tropas italianas, que tuvieron bajas bien sensibles.

También los austriacos rindieron su tributo a la muerte. Muchos de aquellos buenos compañeros, poco antes plétóricos de esperanzas y de ilusiones, no eran más que guíñapos humanos. Se había conseguido la victoria, pero abonada por lagos de sangre.

Uno de los caídos era el pobre compañero de Lorenzo, que “no tenía prisa” por ir al combate.

Murió en brazos del antiguo profesor de piano, diciéndole con la voz desgarrada de la agonía:

—Si vieses a mi madre... Lorenzo... dile que mi último pensamiento fué para ella.

Murió. Una nueva alma en plena juventud voló al reino de lo infinito.

La victoria había costado cara, pero la bandera oro y rojo flameaba al viento triunfalmente.

Por la tarde, el mariscal Radetzky, contento por el triunfo obtenido, aunque contristado con la sangre sacrificada, revistó a las tropas, aclamándolas por su comportamiento.

Al llegar ante Lorenzo, le saludó de un modo particular y le dijo:

—¡Te felicito, cadete! ¿Sabes cómo tu acto de coger la bandera enardeció a nuestras tropas?

—Sólo sé que obedecí a un impulso del corazón.

—¡Bravo, muchacho! Te voy a proponer para el ascenso.

Y siguió revistando los soldados, enterándose de sus necesidades, prodigándoles palabras cariñosas, como el buen padre que comprende con amor el sacrificio de sus hijos.

\* \* \*

Mario Gallone hacía de las suyas. Puesto en comunicación con Julia Fassot, que se hallaba en Milán, daba informes a ésta acerca de la situación de varios convoyes austriacos de aprovisionamiento.

De esta manera, a tiempo que efectuaba su

labor de espionaje, por el que recibía considerables ingresos, arruinaba a Planinger, que realizaba por cuenta propia el aprovisionamiento del ejército.

Como hubiese notado que Anita no le tenía poca ni mucha simpatía, se dispuso a arruinar al padre... Este necesitaría dinero, apelaría a él, y Gallone se lo proporcionaría con la condición de que Anita accediese a la boda.

Y Anita tendría que ceder. Se trataba de su padre, y no sería tan mala que le dejase hundir en el precipicio... Y el miserable Gallone, se frotaba las manos alegremente, con la confianza de que todo le iba a salir bien.

Aquel día, Planinger se quejaba amargamente de su suerte.

—¡He recibido pésimas noticias! ¡Un segundo convoy que cae en poder del enemigo! ¡Voy a la ruina!

—No desesperéis, Planinger... Mi crédito en Venecia está a vuestra disposición... siempre que Anita...—dijo Gallone.

—Sí... sí... hablaré con la muchacha... Es preciso que os acepte por esposo.

Anita estaba bien lejos de suponer todas aquellas maquinaciones. Se hallaba paseando con su

madre por uno de los parques de Viena, bajo el buen sol invernal.

El actor Nestroy se llegó hasta ellas y las saludó cordialmente. Las conocía de antiguo, las dos eran admiradoras de su arte. Mientras hablaba de la guerra, puso sobre la sombrilla con que se cubría la señora Planinger un papel sujetado a la seda por un alfiler, e hizo una seña a Anita para que lo leyese.

Al lado de la señora Planinger paseó por el parque, mientras detrás de ellos, Anita se enteraba de aquella carta interesante que Nestroy le daba a leer de modo tan original.

*...y os ruego, querido padrino, hagáis saber a Anita que su eternamente fiel Lorenzo ha sido ascendido a teniente y destinado a la guardia de nuestro mariscal.*

¡Qué inmensa alegría inflamó el alma de Anita! ¡Qué sonrisa de reconocimiento tuvo para el cómico que le traía noticias del amado! ¡Oh, los propósitos de Lorenzo se cumplían! ¡Iba a vencer, iba a imprimir en el libro de la historia el molde de un nombre glorioso!

Nestroy, contento del éxito de su estratagema, recogió disimuladamente el papel de la sombrilla y se despidió de las dos mujeres.

Aquel éxito le parecía tan envidiable como los que tenía en escena... Acababa de proteger un hermoso amor.

Julia, la artista italiana, había regresado a Viena, dejando bien montado en la frontera todo el tinglado del espionaje.

Se había reunido con su amante Mario Gallone y otros afiliados en cierto local de la ciudad. Todos comentaban la situación, y uno de ellos exclamó, dando la mano a Gallone:

—¡Bravo, Gallone! Tengo noticias de que otro convoy ha caído en nuestro poder... Es el tercer convoy de los austriacos que pone en nuestras manos tu habilidad.

—Yo me felicito más que vos.

La pérdida de aquel tercer convoy enloquecía, en cambio, a Planinger, que había cifrado todas sus esperanzas en él y se veía de repente arruinado, pues todos los aprovisionamientos caían en poder de las tropas italianas.

Los acreedores le amenazaban con embargos, queriendo cobrar inmediatamente y rechazando las letras con que Planinger quería prolongar su situación.

—¡Dinero necesitamos, no excusas! ¿O queréis que empapelemos nuestras casas con vuestras letras?

—Un poco de paciencia...

—Si no nos pagáis de aquí a dos semanas, os haremos encerrar en la torre de los deudores.

Sólo un hombre, con su dinero particular, podía salvarle de la ruina: Gallone. Pero éste volvió a poner como condición previa la de que tenía que casarse con Anita.

Si ella aceptaba, la caja pródiga y abundante de Gallone, correría con todos los créditos... Todo dependía de Anita; si ella se negaba, era inevitable la ruina...

Y Planinger fué a suplicar, con lágrimas en los ojos, ayudado por su esposa, el sacrificio de su hija.

Otras veces ya le había hablado de aquella necesidad, pero siempre encontró la negativa rotunda por parte de la muchacha... Ahora volvió a insistir, con el dolor de un momento supremo.

—¡Tu padre te implora de rodillas que te cases con Gallone!... ¡Dí que sí, Anita! ¡Líbranos de la miseria!

—¿Casarme yo con él, con ese hombre que me repugna? ¡No, no!

—¿No tendrás compasión de tu padre?

—Papá...—dijo la muchacha llorando—, yo te quiero mucho... pero no me pidas ese sacrificio... Es demasiado para mí... No puedo vivir

para siempre con un hombre a quien no amo...

Insistió el padre, suplicó la madre, hablando de la miseria que les esperaba a todos, de la deshonra que les iba a envolver...

Anita estaba desesperada. Adoraba a sus padres... pero su corazón no era libre... Pertenecía al noble soldado que allá en los campos italianos luchaba por ella como un valiente... Debía serle fiel...

Alzó tristemente a su padre, que lloraba con el dolor irremediable del hombre que se ve perdido.

—¡Cálmate!... Reflexionaré—le dijo—. No me pidas ahora una contestación, porque no podría dártela.

—¡Decide pronto, hija mía!... ¡Piensa que si no te casas con Gallone, no me queda otro recurso que matarme!...

—¡No... eso no!—gritó, horrorizada.

Y la idea de que su padre pudiera morir, de que ella sintiera eternamente agitada su conciencia por no haberle ayudado, le hizo un daño terrible.

Corrió a ocultarse en su cuarto y se tendió en la cama, sorprendiéndole la noche y hasta el alba sin que pudiera conciliar el sueño.

¿Qué hacer, qué hacer? ¿La vida de su pa-

dre o el amor de Lorenzo? Y, encerrada en ese círculo vicioso, en ese combate entre sus sentimientos de enamorada y su afecto filial, lloró sin consuelo, preguntándose cómo iba a solucionar el conflicto gravísimo en que se hallaba.

Y sus grandes ojos se alzaban hacia Dios, pidiendo la luz de una decisión acertada.

\* \* \*

Algunos días después, el grupo de espías, entre los que figuraban Julia y Gallone, volvían a tener una de sus tenebrosas reuniones.

—¡Es preciso que Radetzky muera! —decía el jefe de los reunidos—. ¡Privar al enemigo de su cabeza, es más santidad que delito!

—Sí... sí...

—¡Que la suerte designe al agraciado con este deber de patriotismo y de justicia!

Cada uno de los asociados metió la mano en una bolsa en la que había varias bolas blancas y una negra. El que sacase esta última sería la mano elegida para cometer el crimen.

El destino señaló a Gallone para realizar el delito. Su mano había recogido la bola negra.

Pálido de terror, el miserable aceptó su odioso cometido; pero Julia, que estaba locamente

enamorada de él, suplicó con ardiente expresión:

—¡Gallone no puede asumir esta misión!

—¿Por qué?

—¿Ignoráis que Gallone es muy conocido entre los adversarios... que acaso está señalado como sospechoso?

—¡Es verdad!

Gallone la miraba extrañado, sin comprender adónde iba a parar.

—Una mujer tiene caminos infranqueables para el hombre. Concededme el honor de que la patria sea libertada por mi mano —dijo, en un arranque de amor, dispuesta a librar a Gallone de toda futura responsabilidad.

Quisieron disuadirla de su loco propósito, sin conseguirlo. Gallone no insistió demasiado, contento de no tener que realizar el crimen e importándole poco que su amante se sacrificase por él.

No era más que un capricho pasional lo que le unía a aquella mujer. Pensaba romper con ella tan pronto como se casase con Anita, la tierna paloma que le electrizaba. Pero Julia, ignorante de aquella traición, se prestaba a ir en su lugar, no importándole el peligro propio con tal de que no sufriera daño la vida preciosa del amante.

Y todo quedó convenido para que, al día siguiente, la aventurera italiana partiese hacia el frente de combate y diera muerte al buen mariscal, al "padre Radetzky", como le llamaban sus soldados.

Y mientras tanto, allá en el frente de combate, el día era de tregua para el ejército.

Los soldados descansaban de las fatigas del diario combate y escribían a sus familiares contándoles sus anhelos y sus esperanzas de próximo retorno.

Uno de ellos escribía esta carta:

*Aquí el haguia no se puede bever y el batallón tiene des canso, pues se que tú sigas lomismo, cerido padre. Si el maestro güelve adesir que tengo mala oltografía es que tescrivo en sima de un tambor.*

*Tu hijo que no te orvida*

*Antón Pointner, solado rraso.*

Lorenzo aprovechaba el tiempo escribiendo una larga carta a su padrino pidiéndole noticias de Anita.

Entretanto, cerca del campamento, iba a celebrarse la ejecución de un ladrón.

Las tropas formaban cuadro... Iban a colgar al criminal de uno de los árboles del bosque.

La sentencia, en consejo sumarísimo, había sido de muerte.

El oficial leyó el fallo del tribunal:

*Por haber robado una alhaja a la Virgen en la iglesia de Campo Fornio... y siendo una increíble superchería su disculpa, se le condena a ser ahorcado.*

—¡No me ahorquéis!—suplicaba el ladrón ardientemente.— ¡Repite que no he robado!... Estaba yo rezando y la Virgen misma extendió su brazo y me regaló la joya.

—¡Mientes!

—¡No... no! ¡Fué un milagro del cielo!

Pero los ojos del pícaro, su expresión de criminal, indicaban que realmente no era merecedor de que la Virgen le hubiese alargado la mano para entregarle la joya.

El mariscal Radetzky, que paseaba por aquellos parajes, hablando bondadosamente a sus soldados, llegó al sitio donde iba a celebrarse la ejecución.

El ladrón se postró ante él, suplicándole, con la piel erizada por el terror, que no le condenasen.

—¡Soy inocente, señor mariscal, soy inocente!... La Virgen misma me regaló la joya... ¡Fué un milagro del cielo!

El mariscal le escuchó con una sonrisa, mientras el ladrón pretendía convencerle con estas palabras:

—¡Fué un milagro, fué un milagro, señor mariscal!

Volvíose Radetzky hacia los oficiales, y dijo:

—No apruebo la sentencia... Yo soy católico y merecio de que existe el poder sobrenatural... ¿Tenemos razones para negar el milagro?

—Señor mariscal—dijo uno de los jefes—, si no se hace un escarmiento, puede repetirse el milagro cada día y en cada iglesia.

—Sí.. sí... pero... si dice que fué milagro... En fin, que ese hombre devuelva la joya a la Virgen y póngasele en libertad.

El ladrón, a quien su invocación a los cielos había dado tan excelente resultado, besó agraciado las manos del mariscal, pero éste le rechazó bruscamente y gritó:

—Orden del ejército!

Sonaron inmediatamente los clarines, llamando a todas las tropas en formación.

Radetzky, extendiendo su mirada tranquila y noble, dijo con voz serena:

—Al soldado que en adelante acepte regalos de santos y vírgenes, se le ahorcará sin previa

sumaria... ¡porque el Gobierno le paga su solida para que no necesite regalos de nadie!

Volvieron a sonar los clarines, y el mariscal, sonriente, contento de la orden que acababa de dictar, que armonizaba sus sentimientos de católico con la necesidad de mantener el respeto a la propiedad, prosiguió su camino.

\* \* \*

En Viena, Julia pasaba la noche en compañía de su amado Mario Gallone, por cuyo amor iba a pasar tan graves peligros.

Gallone se dejaba querer, convencido de que su pasión por Julia se acababa... pues horas antes, el señor Planinger le había comunicado que Anita accedía por fin al casamiento.

Julia, ignorante del engaño, le decía, abrazándole con frenesí:

—¡Quién sabe si no pasaremos juntos otra noche... si nuestro adiós será eterno!

—¡No, mujer!... Nadie se enterará de que tu brazo justiciero pondrá fin a la vida del mariscal...

—Todo por ti, Mario... ¡hasta la vida!

Le besó de nuevo, y el comerciante sintió halagada su vanidad, viéndose tan amado. ¿Qué

importaba la traición de que iba a hacerla víctima? El, sólo miraba su egoísmo, y nada más.

A la mañana siguiente, tras una larga e impresionante despedida, la artista Julia Fassoti salió hacia el frente, para cumplimentar su siniestra misión.

En la línea de combate Lorenzo Hauser recibía dos días después una carta que paralizó de repente, con un trágico y hondo dolor, todos sus entusiasmos.

Era un escrito de su padrino, y decía:

*Siempre creyó tu viejo Nestroy que nada más efímero que las promesas de mujer. Volaron las de tu Anita Planinger, que ya no será tuya, sino de Mario Gallone, con quien se casa el día de la Asunción.*

Su desesperación fué espantosa. Hubiera querido morir en uno de los anteriores combates, antes de saber el triste fin de sus ensueños... ¿Era posible que Anita?...

¡Oh, gran Dios! ¿Qué había podido ocurrir en Viena? Anita no podía ser culpable. Estaba seguro de que le quería. Habrían sido los suyos, sus padres, los que habían secuestrado la voluntad y el libre albedrío de la muchacha, haciéndola renunciar a su verdadero amor.

¡Si él pudiera ir a la capital, enterarse personalmente de lo sucedido! Pero la disciplina le mandaba permanecer allí, en la línea de muerte, para caer, acaso sin descifrar el enigma que encerraba la extraña renunciación.

Pasaron unos días...

El ejército del general Radetzky seguía avanzando en toda la línea.

La espía Julia Fassoti se había instalado en un bello chalet, cerca del frente, para orientarse y llevar a cabo su propósito.

Quiso el destino que una noche el mariscal Radetzky y su Estado Mayor fueron a alojarse, en su avance por las tierras de Italia, en la casa de la artista.

El teniente Lorenzo Hauser llegó unos minutos antes, para anunciar a la propietaria que el mariscal y los suyos iban a alojarse allí.

—¡Qué sorpresa, señor Hauser! Nunca hubiera sospechado inclinaciones bélicas en mi dulce profesor.

—Y yo nunca hubiera podido pensar encontrártos aquí, señora.

—Aquí nací.. y añoro esta casa—dijo, mintiendo.

—Para los vieneses, señorita Fassoti, fuisteis siempre un ídolo. Espero, en justa corresponden-

cia, vuestra afectuosa acogida para el mariscal Radetzky, que va a pasar la noche en este palacio:

—¿Radetzky?

Tembló de emoción, el ver cómo la casualidad le ponía a su alcance a la persona condenada por la secta.

—Pero, disimulando rápidamente, contestó:

—Mi casa siempre está abierta para todos... Y no había de ser una excepción para el mariscal.

Momentos después llegaba Radetzky con su Estado Mayor.

Entró lentamente, con un gesto de extraordinario cansancio, con una gran amargura en sus blancas y fatigadas facciones.

Radetzky pronunció unas palabras de salutación para la dueña de la casa que les iba a brindar su techo, y Julia se inclinó sin responder, mientras una llama de ironía y de odio veteaba en sus ojos negros.

¡Caiste, mariscal! De una manera u otra, aquella noche iba a cumplirse la sentencia...

Entró Radetzky en la habitación que le habían destinado, la mejor de la casa, y ante cuya puerta un soldado escribió con tiza el nombre del caudillo.

El coronel Melzer pasó lista a los oficiales del Estado Mayor, señalando las horas de guardia que les correspondía hacer aquella noche en la antesala de la habitación que ocupaba el mariscal.

Entre otros nombres, dijo:

—Próxima guardia, de 12 a 2: teniente Hauser.

Sentada allí cerca, Julia escuchaba la distribución de guardias. Estremeciése imperceptiblemente al saber que a media noche iba a velar el teniente Lorenzo, su antiguo profesor de piano.

¡Si fuera posible captarse la confianza de ese muchacho para poder realizar sus criminales planes!

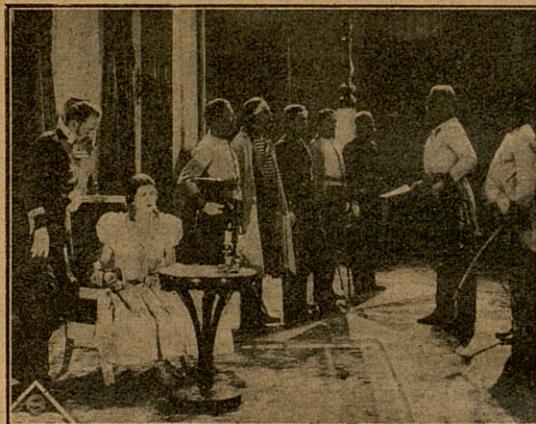
¡Quién sabe! Ella era mujer... y las mujeres han torcido muchas veces el curso de la historia.

Eran las diez de la noche. Cada uno de los oficiales fué a ocupar una distinta habitación para descansar, en lo posible, hasta que les llegara el momento de velar.

Uno de los oficiales, el teniente Franz, un hombretón ya entrado en años, quedó sentado en la antesala, para guardar hasta las doce, la persona del mariscal.

Julia se alejó lentamente. Al pasar ante el

cuarto donde descansaba el mariscal, su puño se cerró altivamente... ¿Lograría su propósito? ¿Cómo entraría en aquella habitación para dar muerte al mariscal?



*Julia escuchaba la distribución de guardias.*

Luego, sonriente, marchó a su cuarto, cambió de traje y volvió a salir. Al llegar al primer piso, ante la puerta de la habitación en la que había escrito el nombre del teniente Lorenzo Hauser, sonrió alegremente, paladeando ya la futura victoria.

¡A decidirse! Llamó a la puerta con suavidad.

Lorenzo, que se disponía al reposo después de la fatigosa jornada diurna, franqueó, sorprendido, la entrada a su antigua discípula de piano.

—¿Estorbo? —dijo ella.



*¿Lograría su propósito?*

—De ninguna manera.

—Charlaremos un ratito... En medio de tantas caras desconocidas, es agradable encontrar un rostro amigo.

Sacó de un armario una botella de vino y unas copas, y los dos jóvenes bebieron un fuerte y quemante licor.

Ella se sentó al lado del teniente, mirándole de una manera fija, amorosa, de ese modo persuasivo que parece buscar besos y caricias. Lorenzo, en cuya alma flotaba la melancolía de su derrota de amor, sonreía con tristeza.

—¿Qué os ocurre, querido amigo?—le dijo.  
—Os veo melancólico, triste.

—Muy triste, sí... He adquirido la dolorosa certeza de que Anita, mi novia, prefiere la bolsa de un vulgar mercader, al corazón amante de un soldado-artista.

Ella sonrió, y sus manos cálidas acariciaron las de Lorenzo.

—¡Dejad esa tristeza!—le dijo con pasión—.  
¿Tan en poco os tenéis, que no os juzgáis capaz de enamorar más que una mujer?

—Señora!...

—Sí, Lorenzo. Me habéis inspirado simpatía desde que os conocí... y ahora... ahora...

Y sin dar tiempo a que el joven teniente saliese de su sorpresa, le cubrió los labios con un cálido beso, que no se acababa nunca...

Mientras le besaba, vertió en la copita de vino del teniente un narcótico.

Ella interrumpió el beso para brindarle el vino:

—¡Bebed! Es de mis mejores cosechas...

El teniente bebió, apuró hasta el último sorbo, y luego, hombre al fin, débil muñeco de carne, besó a Julia, y ambos permanecieron unos minutos en el éxtasis del amor.

Pero el narcótico era de rápidos efectos y Julia observó que Lorenzo cerraba los ojos y se dejaba caer blandamente sobre el sofá.

¡Magnífico! ¡Dormido, inutilizado!... El plan forjado por su atrevida imaginación femenina, no podía ir mejor...

Se apoderó de la capa de Lorenzo, se envolvió en ella y se puso también el sombrero de plumas del teniente... Oculta su personalidad de esta manera, todo el mundo la hubiera tomado por un auténtico militar.

Sonrió ferozmente... Quitó a Lorenzo su pistola cargada... Pero... había que esperar a media noche.

\* \* \*

El mariscal Radetzky no podía descansar. Los combates de los últimos días habían sido sanguinarios.

Consultaba el parte oficial, en el que aparecía

la siguiente lista de bajas: Muertos, 6.739. Heridos, 395.

¡Cuántas víctimas! Lleno de piedad, casi con lágrimas en los ojos, se postró ante los pies de un Crucifijo y comenzó a orar:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Siento que me ahoga esta ola de sangre! ¡Pero yo no soy culpable de ello, Señor!

Largo rato permaneció en meditación... De pronto escuchó voces en la antesala y se encaminó hacia ésta.

Vió al coronel Melzer que reñía severamente al teniente Franz, que estaba de guardia, porque, rendido de cansancio y de calor, se había desabrochado el uniforme.

—¿Qué es eso? ¡Desabrochado hasta arriba en servicio del mariscal!—le gritaba.

—Usted perdone, mi coronel.

Volvió a abrocharse, mientras el coronel, hombre ordenancista, se alejaba.

El mariscal avanzó lentamente y, sonriendo al buen teniente, le dijo:

—¡Ponte a tus anchas, amigo mío! Ya no es fácil que te vea Melzer.

—¡Señor mariscal!

—Anda... permanece tranquilo.

Volvió a entrar en su habitación, mientras el

teniente bendecía a aquel verdadero padre de todos.

Iban ya a dar las doce, hora de relevo.

Franz se dirigió al vecino corredor, llamando a la puerta de su camarada Lorenzo.

—Es hora de guardia, amigo.

Julia miró asustada la puerta. Había llegado el momento.

—¡Voy!—contestó, ahuecando todo lo posible la voz.

Y después de dar una última mirada a Lorenzo, que permanecía tendido en el diván, envolvióse más y más en la capa y salió de la habitación.

Al verle Franz, creyendo, naturalmente, que se trataba de Lorenzo, se alejó ya para reposar hasta la mañana siguiente, mientras Julia se encaminaba hacia la antesala.

Temblaba. A pesar de su serenidad, se daba cuenta de que se estaba jugando la vida.

Puso la pistola sobre una mesita y se sentó, procurando coordinar sus ideas. Dentro de un rato, entraría furtivamente en la habitación de Radetzky y dispararía contra él.

Tenía ya preparado en las cuadras de la finca un caballo para, una vez realizado su delito, escapar y atravesar las líneas italianas... Y, una

vez en su país, estaría a salvo. Estaba segura de que Gallone, su adorado Mario Gallone, iría a reunirse en breve con ella.

¡Por él, por él había tomado su puesto de terrible peligro!



*...miró asustada la puerta.*

Distraídamente metió las manos en un bolsillo de la capa y encontró en él una carta.

Imbuída por extraña curiosidad, la desdobló y leyó su contenido... A medida que lo hacía, sus manos temblaban bajo una sacudida nerviosa, y una honda palidez la transfiguraba...

Era la carta que Nestroy había dirigido a Lorenzo, y en la cual se decía que... "Volaron las promesas de tu Anita Planinger, que ya no será tuya, sino de Mario Gallone, con quien se casa el día de la Asunción".

Cubrióse el rostro con las manos, presa de profunda desesperación... ¡Su Mario... su Mario... traicionándola, casándose con otra! Creyendo ser víctima de una pesadilla, leyó varias veces aquella carta, hasta convencerse de que era verdad que Mario Gallone, el hombre por quien ella se sacrificaba, era un perjuro.

¡Y por él... por él estaba allí! Lloró amargamente, sin recordar ya su dolorosa misión, sin otro pensamiento que la infame traición de que era víctima.

El mariscal, que se disponía al descanso, escuchó aquellos tristes rumores en la antecámara.

—¡Parecen sollozos! —dijo—. ¡Está visto que no me dejarán dormir esta noche!

Y apoyándose en su bastón, entró lentamente en la antesala. Al ver a un oficial que, con la cabeza oculta, lloraba, no pudo menos de sonreírse.

—¡Pobre muchacho! —se dijo—. ¡Seguramente, cosas de mujeres!

Avanzó hacia él para pedirle que le contase

sus cuitas, y, cuando estaba ya junto al supuesto militar, Julia se levantó y lanzó un grito de sorpresa al ver al máriscal.

Instantáneamente las manos de Julia empuñaron la pistola, amenazando al viejo soldado.

Este permaneció impasible, contemplando fríamente aquel rostro que no era de soldado... sino de mujer.

—¡Muy bonito... muy bonito!—dijo Radetzky.—¿De cuándo acá vestís ese uniforme?

La joven seguía apuntando, pero sin fuerzas para disparar, pues creía ver ante ella la imagen burlona y traidora de Mario Gallone.

Radetzky, sin perder su serenidad espartana, continuó diciendo:

—Asesinar a un anciano mientras duerme... Usted se proponía esto, ¿verdad? ¡Qué patriotismo y qué valentía!

Ella, como horrorizada de su propia obra dejó caer el arma sobre la mesa y quitóse el sombrero, apareciendo su hermosa cabellera de mujer.

—¡No puedo... no puedo!...—gimió—. Sé que no tengo perdón... pero pido el fusilamiento en vez de la horca.

—¡Desdichada! ¿Qué ibais a hacer? Hablad. ¿Quién armó vuestro brazo contra mí?

—No me pregunte... Sufro mucho... ¡Mátenme cuanto antes!

—Es muy frío el plomo, para un corazón con tanto fuego... Quiero que me contéis toda esa



—¡Desdichada! ¿Qué ibais a hacer?

indigna traición que me rodea... ¡Pronto, porque sino!...

Su mano acariciaba la pistola. Aun le quedaban fuerzas para matar a su vez.

Y entonces, aquella desdichada mujer, que no tenía ningún odio pendiente contra Radetzky, y que sólo iba a cometer un nefasto crimen en aras

de un amor extraviado, explicó la traición que le había hecho el hombre en quien ella confiaba: Mario Gallone.

—¿Gallone? —dijo el mariscal, profundamente interesado—. Conozco a ese comerciante... Seguid contando.

Y ella lo explicó todo, todo, deseosa de vengarse del amante... Narró la traición de Gallone, explicó cómo él era la causa de que los convoyes de Planinger cayesen en poder de los italianos, y le mostró últimamente la carta encontrada en la capa de Lorenzo, y en la que aparecía patente la deslealtad del acaparador.

—Mátenme ahora... pero que ese hombre por quien voy a morir, sufra también su merecido castigo...

El mariscal guardaba un bondadoso silencio... Siempre había sido bueno con las mujeres, aun con las peores...

Leyó la carta dirigida a Lorenzo, y comprendió que no era únicamente a la artista a quien Gallone hacía grave daño; también rompía la vida de un pobre oficial, quitándole su amor.

—Sí... quiero morir cuanto antes... —seguía diciendo Julia—. Pero quiero hacer un ruego, mariscal. No castiguen a Lorenzo Hauser... El es inocente... Yo puse un narcótico en su bebida...

y me apoderé de su capa y de su sombrero.

Radetzky la miró con profunda atención.

¡Desgraciada mujer! Por amor a un hombre vil y cobarde, había querido llegar hasta el crimen... ¡Ah, Gallone, esta vez sí que no se escaparía de las manos del mariscal!

Su noble mano temblorosa acarició a Julia.

—¡Os perdono!... No quisiera derramar por nada del mundo sangre de mujer... No merecéis demasiado mi compasión, puesto que ibais a matarme... pero no sois la sola culpable, sino Gallone. El tendrá su castigo... Huid antes de que alguno de mis oficiales se entere de que intentabais suprimirme...

—¡Mariscal, yo!...

Lloraba y reía, y hubiera besado, en un transporte de gratitud, aquellas manos de abultadas venas... ¡Oh, insigne "padrecito" de todos, a quien ella quería matar!

—No temáis. Os acompañaré hasta las avanzadas... De lo contrario, mis soldados no respetarían vuestra vida.

La cogió por un brazo, y el insigne hombre y la mujer que había estado a punto de darle muerte, marcharon juntos, hasta llegar a las avanzadas.

Algunos soldados les miraban con extrañeza.  
¿Qué hacía el mariscal a aquella hora?

—Y ahora, huid, hijita... Ponéos en salvo... Yo os prometo que el brazo que inconscientemente armó el vuestro, tendrá su castigo.

Llorando, la desgraciada exclamó:

—¡Gracias... gracias... mariscal!... Bien veo por qué os llaman "Padre Radetzky". No lo hay mejor en toda la tierra... hasta para los malvados como yo...

—Huid... no perdáis tiempo, muchacha..

La joven subió a caballo y se alejó para regresar a su patria, y juróse a sí misma no volver jamás a su oficio de espía y respetar y venerar eternamente la memoria del hombre que, pudiéndola dar una muerte sumarísima, le había brindado, con una generosidad sublime, la libertad.

El mariscal, contento de haber realizado el bien, volvió a su despacho. Redactó varios documentos, que debían salir inmediatamente para Viena.

Cuando acababa de firmarlos se presentó ante él el teniente Lorenzo Hauser, que acababa de despertar y, horrorizado, se daba cuenta del engaño de que había sido víctima.

Quiso excusarse de su conducta; pero el mariscal le atajó con una suave sonrisa:

—He aquí a un teniente que se deja dar el opio, ¿verdad?—le dijo.

—Mariscal...

—No te excuses. Eres débil... y la mujer era hermosa... Pero no quiero en mi presencia un oficial tan simple... Hay que mandarte lejos, muy lejos...

—Señor...

—Lleva esto a Viena—dijo, dándole unos papeles—. Es la orden de prisión contra Mario Gallone, acusado de traidor... Y va también una carta para Planinger... y sólo como yerno de él permitré que vuelvas a mí...

Emocionado, besó aquella mano que se le tenía bondadosamente, y loco de felicidad partió hacia Viena, a dar cumplimiento a las gratas misiones que le estaban encomendadas.

¡Oh, noble mariscal... oh, padre Radetzky, bendito seas!

Llegó Lorenzo a Viena el día de la Asunción. Y corrió a casa de los Planinger en el momento en que la comitiva de la boda salía para la iglesia.

Anita, pálida y resignada al sacrificio, consideraba aquél el día más triste de su vida. Junto

a ella, el miserable Mario Gallone, por el contrario, veía cifradas todas sus ilusiones con la propiedad de aquella palomita tímida que iba a saciar momentáneamente sus instintos de vicioso.

Planinger estaba radiante... Aquella boda iba a librarse de la ruina.

Pero la súbita presencia del teniente Hauser, al frente de un piquete de soldados, puso en todos los rostros una expresión de terror.

—¡Dáos preso! —gritó el teniente a Gallone.  
—¡Traigo contra vos una orden de prisión por traidor a la patria!

—¡Mentis!

Quiso huir, pero dos soldados le esposaron rápidamente, impidiéndole todo intento de fuga y arrastrándolo hacia la calle.

Anita miraba emocionada al joven libertador, mientras Planinger, viéndose otra vez al borde de la ruina, increpaba a Lorenzo. Pero éste, una vez hubo desaparecido Gallone con el piquete, entregó a Planinger la carta del mariscal, en que Radetzky le ordenaba no rechazase por yerno a Lorenzo, que “valía mucho más que Gallone”. “Y de los bienes que se van a confiscar a Gallone—agregaba—se os abonará el im-

porte de los tres convoyes que os apresó el enemigo.”

Planinger saltó de júbilo al leer aquellas líneas. ¡Bien por el mariscal generoso! Y ya no tuvo inconveniente en que fuera Lorenzo quien



*...impidiéndole todo intento de fuga.*

se casase con Anita. Además, ya no era un triste músico, sino un teniente de Estado Mayor.

No, la boda no se iba a interrumpir. La comitiva se dirigiría a la iglesia para celebrar la fiesta nupcial, casándose Anita con Lorenzo.

—¿Quieres casarte conmigo, quieres?—suplicaba Lorenzo a su amada.

—Ahora mismo—respondió emocionada—. Me sacrificaba por mi padre. Pero, ya que esto no es necesario... es a ti... sólo a ti... a quien quiero más que a mi propia vida...

Una hora después, la Iglesia bendecía aquel amor que, después de tantas dificultades, alcanzaba la hermosa victoria.

\* \* \*

Pasó tiempo. Gallone fué condenado a la horca y ejecutado.

La guerra terminó con la victoria definitiva de Austria... Lorenzo había ascendido a capitán...

Era muy feliz con su Anita.

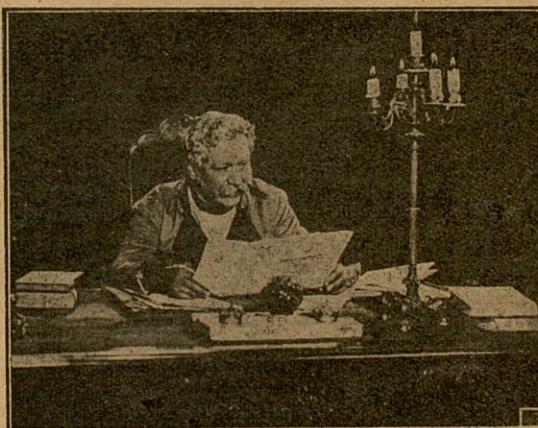
Y allá, en una villa de Milán, Radetzky descansaba de sus fatigas guerreras.

Sentado ante su mesa de trabajo, leía en un periódico un edicto de la Cancillería del Gabinete Imperial, que decía:

*“Su Majestad se ha dignado conceder licencias de trabajo a los 224 individuos cuya relación se acompaña.”*

—¿Licencias de trabajo para miembros rotos? —se dijo—. Vamos, sí, una autorización para mendigar en la vía pública...

Estaba desengañoso de todo. Matternich se



—*¡Ellos tienen sus miembros sanos!*

guía en el poder. El pueblo no había conseguido la libertad. Radetzky se había retirado de Viena, no queriendo vivir en la atmósfera corrompida de la capital.

Apareció su ayudante, trayéndole el dinero de su sueldo de mariscal.

—Excelencia, hoy es día de pago—le dijo—. Hay muchas facturas pendientes.

—Repartid el dinero de mi sueldo entre los inválidos que aquí se citan—contestó.

—Pero, ¿y los acreedores?

—¿Los acreedores? ¡Que esperen! ¡Ellos tienen sus miembros sanos!

Y sonrió con la grandeza del hombre superior que sólo vive para los demás... y en aras de su pueblo.

FIN

## **HOY: aparecerá**

el noveno cuaderno de la deliciosa novela en veinte cuadernos

### **De vendedora de periódicos a estrella de cine**

Formidable éxito

¡La novela que todos, amantes o no amantes del cine, leerán con deleite!

Inmejorable presentación

Buena literatura

Ilustraciones en el texto

**PRECIO: 25 céntimos**

Ediciones Especiales de  
La Novela Semanal Cinematográfica  
¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

Estrellas dichosas  
**Esto es el cielo**  
**La senda del 98**  
**Espejismos**  
**Evangelina**

Esta semana:

**EL CABALLERO**

por Richard Talmadge

Precio: 1 peseta

## La Novela para Todos

Números publicados:

1. **Mary la buena, Mary la mala**  
por Manuel Reinlein Sotomayor
2. **La que no pudo ser mala**  
por Sara Insúa
3. **La estrella de los montes**  
por R. Merchán Vargas
4. **Ella, Él y el Perro**  
por Jorge Cary
5. **Alicia, la divina amante**  
por L. Linares Lorca
6. **Una mujer extraña**  
por Mariano San Ildefonso
7. **Se necesita un socio capitalista**  
por C. Montellano

Próximo número:

**Gente de ahora**

por Antonio Guardiola

**COLABORACIÓN SELECTA**

Ilustraciones en el texto

Precio: 30 cts.

# La novela EVA

## Números publicados:

1. La rubia del taxímetro  
por Domingo de Fuentemayor
2. La manicura que no sabía decir  
que no  
por Lili
3. Santa Madrona  
(aguafuerte de los barrios bajos barceloneses)  
por José Reygadas
4. Impresión... eléctrica  
por Lina
5. Encarna, la enigmática  
por Dora
6. Casada... y como si nada  
por Don Nadie
7. Cuatro maridos  
por Tony
8. El caso de Clarita  
por Lina
9. Lasota es un «as»  
por Don Lolo

## Mañana:

**Por la cuenta de nueve**  
por Perla Gris

Ilustraciones en el texto

Precio: 30 céntimos